

Era posverdad: Comunicación, política y filosofía

David Villena Saldaña

La noche de la filosofía, 21 de abril de 2017

A juicio de los diccionarios Oxford, el adjetivo 'posverdad' es la palabra del año pasado, esto es, la palabra del año 2016. La razón para que se le concediera el título fue su virtual omnipresencia en los exámenes de diversos hechos políticos sucedidos a lo largo de ese periodo, y, específicamente, su recurrencia en los análisis referidos a dos fenómenos que presumiblemente marcan época. Hablamos de la campaña previa y la final victoria del así llamado "Brexit" o salida del Reino Unido de la Unión Europea y de las elecciones presidenciales estadounidenses, que contra todo pronóstico dieron como resultado lo imposible: el triunfo de Donald Trump.

Quien habla de 'posverdad', según la definición de los diccionarios mencionados, hace referencia a "circunstancias en las cuales los hechos objetivos son menos decisivos que las emociones o las opiniones personales a la hora de formar la opinión pública". No se trata simplemente del acto de mentir por parte de políticos, líderes de opinión o ciudadanos de a pie como nosotros. De ser así, 'posverdad' no resultaría otra cosa que un nuevo término para hablar de la condición del ser mentiroso. Pero ello, en definitiva, no es el caso. Pues quien miente, y tiene la intención de engañar, suele ofrecer pruebas en favor de la verdad de sus afirmaciones – afirmaciones que él o ella ya sabe falsas. Hace algún esfuerzo, mayor o mínimo dependiendo de a quién se dirija, por mostrar que lo que dice se corresponde con la realidad, que tiene un asidero factual allí afuera. Parece obvio: quien miente busca que sus mentiras pasen por verdades. Pone en acto una industria del engaño, sea esta grande o pequeña. La era posverdad, por lo contrario, está marcada por la irrelevancia de la verdad y de los hechos a la hora de comunicarse. A eso nos remite el prefijo 'post', a la irrelevancia de la verdad y no a la mentira.

Se hace afirmaciones y no se ofrece pruebas. Se apela a la emoción del receptor y a reforzar sus prejuicios. No importa la evidencia, lo que cuenta es conectar con las obcecaciones. Se confunden los deseos con la realidad. Impera el pensamiento desiderativo. El receptor, asimismo, permanece sordo frente a opiniones que difieran de la suya e incluso, expuesto a evidencia en contrario, aumenta el grado de seguridad que tiene en relación con sus propias creencias (a este sesgo cognitivo se le llama "efecto tiro por la culata" o, lo que es lo mismo, "backfire effect"). Como de modo sintomático afirmó el parlamentario y entonces Ministro de Justicia británico, Michael Gove, durante la campaña en favor del Brexit: "ya hemos tenido más que suficiente por parte de expertos". Déjennos pensar que la realidad es como deseamos que sea, no importa qué digan los especialistas acerca de cómo son los hechos. Las creencias tienen que ajustarse a las emociones y a los deseos, no a la evidencia empírica, no al mundo exterior.

Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación parecen tener un rol activo en el surgimiento y la consolidación de la era posverdad. Por ejemplo, una investigación del Reuters Institute for the Study of Journalism realizada en veintiséis países indica que más de la mitad de individuos muestreados emplean redes sociales como Facebook y sus actualizaciones a modo de principal fuente de noticias. Otro estudio indica que la mayoría de ciudadanos estadounidenses (hablamos del 62%) se enteran de las noticias vía redes sociales, no leyendo directamente un diario o escuchando algún noticiero televisivo o radial. Lo hacen a través de lo que comparten sus contactos, grupos de interés o páginas favoritas. Esto quiere decir que en los hechos una red social como Facebook ya es fuente de noticias, aunque ella misma no se reconozca legalmente como tal y, por tanto, evada responsabilidad tanto en términos legales como éticos sobre la fiabilidad de los hechos referidos en sus reportes de actualizaciones. Ahora bien, considérese, por otro lado, que el orden de estas actualizaciones no es aleatorio. Está determinado por un algoritmo que opera en función de las preferencias detectadas en la conducta en línea del usuario, de modo tal que este ocupe más minutos conectado a la red social. Ello implica que sea expuesto a información que probablemente le agrade y que no se le muestre aquella a la cual podría ser renuente. Se busca que su experiencia sea satisfactoria y que se sienta recompensado por sus interacciones. También se le invita (o alguien diría “presiona” y hasta “empuja”) a través de avisos a formar parte de grupos de usuarios con preferencias similares a las suyas. Se estimula, en una palabra, la homofilia o tendencia de los individuos a asociarse con otros sujetos de creencias y gustos similares, y, de este modo, la experiencia de Facebook termina siendo la de vivir dentro de una burbuja en donde fluyen sin cesar noticias que me van a gustar y que contribuyo a divulgar (piénsese en la noticia falsa de que el Papa Francisco apoyaba a Donald Trump hecha viral y compartida más de 960 mil veces o en la noticia falsa de que un líder de Estado Islámico había pedido a los musulmanes estadounidenses votar por Hilary Clinton compartida 522 mil veces¹).

Mis creencias se ven reforzadas y se evita que visualice aquellas notas que difieran de mi opinión o noticias de hechos de los que prefiero no estar al tanto por constituir probables contraejemplos a mis prejuicios. La experiencia de Google es análoga. Esta compañía se jacta de que los resultados de la búsqueda de un mismo término por parte de dos usuarios diferentes no sean los mismos. Cada resultado de búsqueda está personalizado y responde a las preferencias y al historial de clics del usuario en cuestión. El escenario descrito resulta de algún modo paradójico: los dos filtros de información más empleados de Internet (Facebook y Google) llevan a que los cibernautas se encierren dentro de sus propias opiniones. Todo sea con tal de garantizar más minutos de atención por parte de estos. Se genera, así, la ilusión de estar enlazado con el mundo cuando realmente uno se está alienando de él.

¹ <http://www.cnn.com/2016/12/30/read-all-about-it-the-biggest-fake-news-stories-of-2016.html>

Internet ofrecía la promesa de ser un ágora y de contribuir al arte del debate característico de la democracia. La promesa de poner en contacto a gente diversa, enriquecer nuestra experiencia social, llevarla más allá de los confines de nuestro círculo inmediato, siempre diminuto comparado con la vastedad de personas y culturas que pueblan este planeta. Ofrecía, en tal sentido, la promesa de hacernos más críticos respecto de nosotros mismos al estar expuestos a otras perspectivas de las cosas y de los fenómenos, y al fomentar un intercambio libre de información relevante para nuestra toma de decisiones en materia de política así como para los actos constitutivos de nuestra vida en general y nuestro natural deseo de conocer. El resultado tras poco más de veinte años de difundida esa inicial expresión de optimismo no ha sido el mejor. Como ya se ha dicho, las interacciones que fomenta la red y sus gigantes no son diversas, sino homofílicas. También exagera el narcisismo en sus versiones de grandiosidad y vulnerabilidad de por sí ya presente en varios a través de los tan anhelados y disputados “likes” – de esto, y de la banalización propia de la “cultura selfie”, no se salvan muchos de nuestros colegas filósofos y académicos, la pretendida conciencia crítica de la sociedad.

Además, el debate público, antes que enriquecerse, da muestras de un considerable y decadente empobrecimiento. Ya un artículo en *Time* señalaba que los *trolls* – aquellos comentaristas hostiles que buscan zanjar discusiones apelando a la intimidación, la burla y generando conflictos, pero nunca a través de razones – terminaron por arruinar a Internet. Bajo el pretendido expediente de la libertad de expresión, lo que ha terminado por imperar en foros y redes no es otra cosa que discurso de odio, insultos y todo tipo de improperios. Formas como la “*alt-right*” o “derecha alternativa” se han hechos posibles. Puro y duro oscurantismo, ciertamente. Ya encuentra en sus investigaciones el politólogo Eric Oliver que el pensamiento mágico está aumentando en las filas de la derecha populista².

Noticias falsas, ligereza a la hora de hacer afirmaciones, irrelevancia de la verdad, la investigación, el conocimiento y los hechos, así como el cínico reclamo al derecho a la libre invectiva. Todo eso nos trae la era posverdad. El giro epistémico es manifiesto y debemos esforzarnos en comprender su naturaleza. Nos encontramos en un punto de viraje. Los políticos ya no tienen cuidado en hilvanar mentiras, ahora simplemente afirman lo que les gustaría que sea cierto, no importa si lo es o no lo es. La verdad es un asunto frente al cual hoy somos indiferentes. Lo que importa es lo que se siente. Lo que importa es gustar.

El filósofo Harry Frankfurt ha disertado con solvencia en relación con esta actitud epistémica en un breve, aunque muy valioso, ensayo titulado *Acerca del bullshit*. Como venimos diciendo, aquí no se trata simplemente de transmitir información incorrecta, sino del hecho de que no se tenga ninguna consideración o interés acerca de la verdad de dicha información. Piénsese en uno de los tuits de Trump diciendo en tono alarmista que el crimen en las

² “Enchanted America: The Struggle between Reason and Intuition in US Politics,”

“ciudades interiores” de los Estados Unidos está alcanzando niveles récord. No parece importarle que la evidencia muestre que los niveles de crimen actuales en dichas ciudades son, más bien, de los más bajos en la historia de los Estados Unidos. O piénsese en otra declaración de este mismo personaje, quien con total irresponsabilidad sostuvo en un mitin y luego en una entrevista radial que Barack Obama era literalmente el fundador de Estado Islámico y, frente a la sorpresa y la consecuente objeción del entrevistador Hugh Hewitt (quien dicho sea de paso era muy crítico de Obama) refiriéndose a hechos que invalidaban semejante afirmación, Trump simplemente optó por decir que no le importaba sus razones, que él pensaba que Obama era el fundador de Estado Islámico y que así era, “ok?”. No hay más que decir. Piénsese también en el exitoso político, conocido empresario y uno de los más influyentes hombres en el sector educación en el Perú, César Acuña Peralta, quien en una entrevista a la cadena CNN difundida en América Latina, los Estados Unidos y España, afirmó de manera enfática, con total seguridad, que él es el único peruano con capacidad investigativa.

Dichos de este tipo no constituyen simples mentiras o groseras equivocaciones. Dan cuenta de la irrelevancia de la verdad y de los hechos a la hora de pretender formar opinión pública. En efecto, cuando al político posverdad se le hace notar que sus declaraciones son falsas por no guardar correspondencia con los hechos, este permanece inmutable y sigue con su mismo discurso. Hoy no se toma por objeción el que a uno le muestren evidencia de que sus afirmaciones no tienen correlato con la realidad. Esa objeción, si algo, es una opinión más, y no invalida la mía.

En relación con este punto, nos preocupa y llena de asombro la recientemente acuñada expresión “hechos alternativos” de la que hizo uso a inicios de este año una asesora de alto nivel del gobierno estadounidense. Kellyanne Conway (ese es su nombre) empleó dicha expresión para minimizar la acusación de falsedad que había contra las declaraciones del Secretario de Prensa de la Casa Blanca referidas al número de ciudadanos asistentes a la toma de mando de Trump. Este Secretario había dicho que el número de asistentes era el mayor de la historia. Las imágenes muestran que esto no fue así, que lo que dijo no guardaba correspondencia con los hechos. A juicio de Conway, sin embargo, no había propiamente falsedad en las palabras del funcionario, pues lo que hacía era presentar legítimamente “hechos alternativos”. Esa frase no es inocua. Tiene connotaciones orwellianas y es señal inequívoca de que la era posverdad es nuestro aquí y ahora.

¿Cómo se llegó a este estado de cosas y orden de las ideas? Muchos filósofos, y de los más reverenciados, podrían experimentar gozo. Su *dictum* favorito “No hay hechos, solo interpretaciones” es hoy prácticamente sentido común y, además, es repetido por personajes con poder y con capacidad de decisión. Pero, por lo mismo, su relativismo, su perspectivismo, su presunto pluralismo, es ahora lo hegemónico y, por tanto, constituye una manifestación de conservadurismo más que un acto de rebeldía o señal de liberación. Para Daniel C. Dennett, esto es una muestra de que lo que se dice en la torre de

marfil de la filosofía sí puede tener consecuencias en la práctica. En este caso en particular, las consecuencias son perniciosas. Considera que el posmodernismo ha hecho intelectualmente respetable desdeñar en público – y resulta obvio que en medios académicos también – al discurso sobre la verdad y los hechos, ha hecho respetable al que se le asocie sin ningún pudor con dogmatismo, intolerancia y autoritarismo. Es, en esta línea, también respetable, e incluso visto como indicador de sofisticación intelectual, tomar a la investigación metódica y sistemática de la naturaleza (esto es, a la ciencia) como una opinión más sin mayor estatus epistemológico que cualquier otro discurso. Lo que antes era una actitud cínica, hoy se tiene por inteligencia y apertura. A usted se le puede decir sarcásticamente hoy en una reunión o en un debate, quizá en esta misma sala: “¿qué?, ¿tú eres de los que todavía creen que hay hechos y que aún tiene sentido hablar de tal cosa como verdad?”.

Este espíritu constituye una seria dificultad para la difusión del pensamiento crítico y la comunicación de los resultados de la investigación – y, desde luego, también para el debate constitutivo del orden democrático, como venimos sosteniendo. El problema de comunicar los resultados de la ciencia al público se exagera si ahora este público considera que los hechos son irrelevantes y, debido al condicionamiento resultado de su actividad durante decenas de horas por semana en redes sociales, tiene por desagradable la lectura de información diferente a lo que ya cree. ¿Cómo lidiar con el negocio, ya no del entretenimiento, sino con el negocio de la atención? Un CEO de Netflix ha señalado que quienes, como ellos, se encuentran en este negocio no limitan su competencia a un programa de televisión, una nueva película en el cine, el uso de YouTube o cualquier red social. La competencia es todo aquello que pueda captar la atención del usuario. Entiéndase: también la lectura de un poema, una conversación telefónica con un amigo o una visita al parque. ¿Cómo hacer que los sujetos se cuestionen a sí mismos, que tengan una vida examinada, si la crítica de las propias creencias supone cierta incomodidad y cierto dolor, y ellos viven rodeados de plataformas que les prometen satisfacción continua, homofilia y el refuerzo de su idiosincrasia? La educación también responde a esta lógica del usuario-cliente y se ha reducido a capacitación para el trabajo, no hay promoción de pensamiento crítico, discernimiento ético o esfuerzo alguno por forjar conciencia ciudadana. Es mero desarrollo de habilidades y técnicas para insertar a ese usuario hedonista en el mercado laboral.

Ahora bien, el acceso irrestricto a la información es básico en una democracia. Estamos de acuerdo. Pero con la creciente prevalencia de las redes sociales y las publicaciones compartidas como primeras fuentes de noticias y contacto con el mundo, este acceso irrestricto a la información no garantiza mejores decisiones por parte de la ciudadanía. Es cierto: acceso irrestricto a la información y flujo indiscriminado de información no parecen ser la clave. No es exagerado decir que la avalancha de noticias falsas y demás bulos que circulan en Internet ponen en peligro a la democracia. Es un tema que se debe tomar en serio. La información falsa y los rumores se difunden

rápidamente, como no sucedía antes y adicionalmente con un sentido de impunidad. Esto no ocurría con la prensa en donde había filtros, personal que verificaba la fiabilidad de las notas y editores responsables de lo publicado, y por tanto, sujetos a quienes se podía culpar. Suena contradictorio: más acceso a la información no trae consigo usuarios más informados.

La era posverdad nos hace testigos de escenas cargadas de patetismo en las cuales individuos se aferran con uñas y dientes a sus creencias aunque tengan al alcance de sus manos ingente evidencia que las contradiga. Más información disponible, más oscurantismo. Nada es verdad y todo es posible. Aquí nadie se equivoca. Siempre habrá “hechos alternativos” en los que escudarse.

Termino parafraseando a Hannah Arendt: aquellos para quienes la distinción entre hecho y ficción y la distinción entre lo verdadero y lo falso ya no existen, [aquellos] son los sujetos ideales del totalitarismo. (Los orígenes del totalitarismo, 1951)

Muchas gracias.